

AMERY-RESENTIMIENTOS

Algunas veces ocurre que en verano viaje por un país floreciente. Huelga mencionar la limpieza modélica de sus grandes asentamientos urbanos, de las idílicas villas y pueblos, recomendar la calidad de las mercancías, elogiar los productos artesanales trabajados con industria y maña o la impresionante combinación de modernidad mundana y conciencia histórica soñadora que se manifiesta por doquier. Todo esto ya forma parte de la leyenda y es motivo de entusiasmo para el mundo. Permítasenos sobrevolar este punto con un par de alusiones. Las estadísticas muestran también que al hombre de la calle le va bien la vida, como es deseable que le vaya a todos los hombres en el mundo: hecho que desde hace mucho tiempo se considera ejemplar. En cualquier caso, he de confesar que no logro entablar una verdadera conversación con las personas que me encuentro en las autopistas, en los trenes o en los foyer de los hoteles, por muy cortés que sea su comportamiento; no soy, por tanto, capaz de formarme un juicio sobre el alcance y la profundidad de esa aparente urbanidad.

De vez en cuando, trato con intelectuales: no podrían ser más educados, modestos y tolerantes. Tampoco más modernos, y siempre me parece hartamente increíble cuando pienso cuántos de ellos que pertenecen a mi propia generación, todavía ayer juraban por Blunck y Griese, pues en las conversaciones sobre Adorno o Saul Bellow o Natalie Sarraute no ha dejado ninguna huella.

El país, por el que casualmente viajo, no sólo ofrece al mundo un ejemplo de prosperidad económica, sino también de estabilidad democrática y mesura política. Plantea ciertas reivindicaciones territoriales y lucha por la reunificación con aquella parte de su cuerpo nacional que le fue arrancada de forma violenta y sometida a una tiranía extranjera. Sin embargo, en tales cuestiones se comporta con una discreción loable; como ya desde hace tiempo es palmario, su afortunado pueblo no quiere saber nada de agitadores nacionalistas y demagogos.

No me siento a gusto en ese país bello y pacífico, habitado por gentes industriosas y modernas. Por qué razón, se habrá ya adivinado: pertenezco a esa especie de hombres, por fortuna en vías lentas de extinción, que por convención se denomina víctimas del nazismo. El pueblo del que hablo y al que interpelo en estas páginas, muestra escasa comprensión de mi rencor reactivo. Pero ni siquiera yo mismo lo entiendo del todo, al menos por el momento, y por este motivo querría aclararme las ideas en este ensayo. Guardaría gratitud al lector que quisiera acompañarme en este trecho, incluso cuando, en las horas que exige su lectura, le acometiera más de una vez el deseo de dejar el libro aparte.

Hablo como víctima y escudriño mis resentimientos. No es una empresa placentera, ni para el lector ni para el autor, y tal vez haría bien si comenzara disculpándome por mi falta de tacto, que desgraciadamente se manifestará en

estas páginas. El tacto es una buena facultad e importante, ya sea cultivada por la educación, que se expresa en el comportamiento externo y cotidiano, ya sea que proceda del corazón o del espíritu. Pero por importante que sea, no es útil para el análisis radical que nos proponemos abordar conjuntamente aquí y por ello no me quedará más remedio que prescindir de él, aun a riesgo de ofrecer una imagen poco simpática. Es posible que muchos che nosotros, víctimas, hayamos perdido completamente el sentido del tacto. Emigración, resistencia, cárcel, tortura, internamiento en el campo de concentración -todo esto no es, ni pretendo que sea, una disculpa para la carencia de tacto. Pero basta como explicación de sus causas. Abordaremos el asunto sin miramientos, pero con aquellas buenas maneras de escritor que mi esfuerzo por ser sincero y la materia misma imponen.

Mi tarea sería más fácil, si intentara reducir el problema al ámbito de la polémica política. Entonces podría apelar a los libros de Kempner, Reitlinger, Hanna Arendt y alcanzar, sin posteriores esfuerzos espirituales, una conclusión asaz plausible. Entonces se desprendería que los resentimientos sobreviven en las víctimas porque en la escena pública de Alemania occidental todavía se encuentran en activo personalidades próximas a los verdugos, porque, a pesar de la ampliación del plazo de prescripción para los crímenes graves de guerra, los criminales gozan de buenas oportunidades para envejecer con honores y sobrevivir triunfando sobre nosotros, como garantiza la actividad que desarrollaron en sus buenos tiempos. ¿Qué se habría ganado, sin embargo, con semejante polémica? Prácticamente nada. Algunos alemanes dignos de respeto combatieron por la causa de la justicia en nombre nuestro, y la defendieron mejor, con mayor firmeza, incluso de un modo más razonable de lo que nosotros mismos fuimos capaces de hacer. Pero a mí no me interesa una justicia que en este caso histórico particular tendría un valor meramente hipotético. Mi objetivo es describir la condición subjetiva de víctima. Mi contribución consiste en el análisis introspectivo del resentimiento. Lo que me encomiendo es la justificación de un estado psíquico que es condenado igualmente por moralistas como por psicólogos: los primeros la juzgan una mácula, los segundos la consideran una suerte de morbo. Debo confesar mi participación en el resentimiento, asumir la mácula social y aceptar sobre mí la enfermedad legitimándola como una parte integrante de mi personalidad. Esta confesión es un trabajo hartamente improbable y además somete a mis lectores a una inusitada prueba de paciencia.

Los resentimientos como dominante existencial de mis semejantes son el fruto de una larga evolución personal e histórica. Todavía no habían aflorado ni lo más mínimo el día en que desde Bergen-Belsen, mi último campo de concentración, regresé a casa hacia Bruselas, donde, sin embargo, no tenía patria. Todos nosotros, verdaderos resucitados, teníamos el aspecto que mostraban las fotos conservadas en los archivos y fechadas en abril y mayo de 1945: esqueletos reanimados con conservas de *Cornedbeef* angloamericanas, fantasmas rapados y desdentados, apenas capaces de prestar rápidamente testimonio para luego esfumarse en el lugar que les correspondía. Sin embargo, nos consideraban héroes,

si hemos de prestar crédito a las pancartas que colgaban sobre las calles, donde cabía leer: *Gloire aux Prisonniers Politiques!* Sólo que los carteles se ajaban enseguida, y las guapas asistentes sociales y enfermeras de la Cruz Roja, que en los primeros días se habían presentado con cigarrillos americanos, no tardaron en cansarse de tanta solicitud. Durante bastante tiempo se dieron unas circunstancias que me dejaban en una posición social y moral totalmente insólita y en gran medida embriagante: me encontraba -como partisano superviviente y judío perseguido por un régimen odiado por los pueblos- en relación de entendimiento recíproco con el mundo. Quienes -como los poderes inquietantes que transforman al protagonista de la *Metamorfosis* de Kafka- me habían torturado y degradado a vil insecto, causaban ellos mismos repugnancia a los vencedores. No sólo el nacionalsocialismo, sino *Alemania* misma fue objeto de un sentimiento universal que comenzando por el odio cuajó ante nuestros ojos en desprecio. Nunca más, como se decía entonces, ese país «amenazaría la paz mundial». Se le permitiría vivir, pero nada más. Sería el patatal de Europa y como tal se le consentiría servir al continente exclusivamente con su afán industrial. Se hablaba mucho de la culpa colectiva de los alemanes. Mentiría descaradamente si en este punto no reconociera sin ambages que yo también asumía esta acusación. Me parecía haber sufrido los crímenes como injusticia colectiva: el funcionario con camisa parda y esvástica sobre el brazalete no me inspiraba menos temor que el simple soldado raso. Además no conseguía olvidar a aquellos alemanes que contemplaban sobre un pequeño andén cómo se descargaban y apilaban los cadáveres transportados en el vagón de ganado de nuestro tren de deportación, sin que jamás asomara sobre alguno de esos rostros petrificados una sola expresión de horror. El crimen y la expiación colectivos se podrían haber contrapesado, reestableciendo el equilibrio de la moralidad universal. *Vae victis castigatisque*¹.

No había motivos para que se incubaran resentimientos, ni siquiera se daba la ocasión propicia. Por supuesto, tampoco quería oír hablar de compasión por un pueblo sobre el que, a mi juicio, pesaba una culpa colectiva y una vez con ánimo bastante indiferente colaboré con un grupo de ciudadanos de cuáquera diligencia a cargar un camión que debía transportar ropa usada a los niños de la Alemania depauperada. Los judíos, se llamasen Victor Gollancz o Martin Buber, que ya entonces irradiaban un *pathos* de perdón y reconciliación, me resultaban casi tan desagradables como aquellos otros que no tardaron en volar apresuradamente a Alemania, occidental u oriental, desde los Estados Unidos, Inglaterra o Francia, para -en tanto reeducadores- arrogarse el papel de *praeceptores Germanice*. Por primera vez en mi vida compartía el estado de ánimo de la opinión pública que resonaba a mi alrededor. Me sentía muy a gusto en el papel absolutamente insólito de conformista. La Alemania patatal y la Alemania de las ruinas se me antojaban una región del universo naufragada. Evitaba el uso de su lengua, es decir, la mía, y

¹ ««¡Hay de los vencidos y castigados!» Paráfrasis de una cita de Tito Livio (•Vae victis [essel•], Ab *urbe condita* V, 48, 9) que posteriormente pasó a expresar proverbialmente aquella situación donde una fuerza derrotada ha de aceptar las condiciones impuestas por el correspondiente poder victorioso.

elegí un pseudónimo de resonancias románicas. Por cierto, no sabía la hora que daba realmente el reloj político de la historia mundial. Pues mientras me parecía haber vencido sobre mis verdugos de ayer, los vencedores reales ya se aprestaban a elaborar planes para los vencidos que no tenían nada, pero absolutamente nada que ver con los patatales. En el momento en que me figuraba, a causa del destino padecido, haber dejado a la zaga a la opinión mundial, ésta ya estaba a punto de sobrepasarse a sí misma. Me creía en el seno de la realidad del tiempo cuando en verdad se me había hecho retroceder a una ilusión.

La sorpresa me sobrevino por primera vez en 1948, durante un viaje en tren a través de Alemania. Cayó en mis manos una hoja de periódico de las fuerzas de ocupación americanas, y recorrí con la vista una carta al director en que de forma anónima, remitiéndose al GI,Z se decía: «Procurad no engordar a nuestra costa. Alemania volverá a ser grande y poderosa. Liad el petate, hatajo de bribones». El remitente, manifiestamente inspirado en parte por Goebbels, en parte por Eichendorff, no podía siquiera barruntar, a la sazón, que esa Alemania estaba en efecto destinada a celebrar una grandiosa resurrección de su poder, mas no en contra, sino en el bando de los soldados de uniforme caqui de las fuerzas transatlánticas. Me sorprendió el hecho de que pudiera existir un corresponsal semejante, y de oír una voz alemana que se expresaba con un tono distinto al que, a mi juicio, debía imponerse durante largo tiempo, es decir, el tono de contrición. En los años siguientes se hablaría cada vez menos de contrición. La Alemania paria fue primero acogida en la comunidad de los pueblos, después se la cortejó y por último fue preciso contar con ella desapasionadamente en el concierto de poderes.

No sería justo exigir a nadie que en esas circunstancias -en un contexto de prosperidad económica, industrial e incluso militar sin parangón- siguiera rasgándose las vestiduras y dándose golpes en el pecho. Los alemanes que, como pueblo, se sentían, sin duda, víctimas, puesto que se habían visto obligados a soportar no sólo los inviernos de Leningrado y Stalingrado, los bombardeos de sus ciudades, el proceso de Nuremberg, sino también la fragmentación de su país, se manifestaban comprensiblemente dispuestos tan sólo a "superar"² como a la sazón se decía, el pasado del Tercer Reich. En esos días, al par que los alemanes conquistaban con sus productos industriales los mercados mundiales, y no sin un cierto equilibrio, se ocupaban de esa superación en su propia casa, se recrudecieron nuestros resentimientos aunque tal vez sería más discreto considerarlos tan sólo míos.

Era testigo de cómo los políticos alemanes, entre los cuales, si no estoy mal informado, sólo pocos se habían distinguido en la lucha de la resistencia, buscaban sin pausa y con entusiasmo la incorporación a Europa: no les costaba ningún esfuerzo vincular la nueva Europa a aquella otra Europa que Hitler ya había comenzado a reorganizar exitosamente, a su modo, en el periodo comprendido

² «Bewältigew. Recuérdese el subtítulo de este libro «Tentativas de superación [«Bewältigungsversuche»] de una víctima de la violencia. Cf. Nuestra presentación pp. 27 y ss.

entre 1940 y 1944. De improviso se abonó un terreno para resentimientos, sin que fuera preciso que en las ciudades alemanas empezaran a profanarse cementerios judíos y monumentos en memoria de los combatientes de la resistencia. Bastaban conversaciones como la que mantuve con un comerciante del Sur de Alemania mientras desayunaba en cierto hotel. Aquel hombre intentaba convencerme, no sin antes informarse cortesmente de si era judío, que en su país no existía odio racial. Aseguraba que el pueblo alemán no guardaba rencor al judío; como prueba aludía a la generosa política de reparación promovida por el gobierno, como, por lo demás, reconocía el joven Estado de Israel. Yo me sentía detestable ante aquel tipo de ánimo tan equilibrado: Shylock que reclamaba su libra de carne. *Vae victoribus!* Quienes habíamos creído que la victoria de 1945 era, al menos en una pequeña parte, también la nuestra, nos vimos obligados a revocarla. Los alemanes no guardaban ya ningún rencor contra los combatientes de la resistencia y contra los judíos. ¿Cómo podíamos aún dirigirles a aquellos tipos exigencias de reparación? Hombres de ascendencia judía de la talla de un Gabriel Marcel mostraban asimismo un gran empeño en tranquilizar a sus compañeros y coetáneos alemanes: sólo un odio obstinado, reprochable moralmente y ya sentenciado por el tribunal de la historia, se aferraba a un pasado que evidentemente no era sino un accidente laboral de la historia alemana y en que el pueblo alemán en su totalidad no había participado.

Yo mismo, sin embargo, muy a mi pesar, pertenecía a esa minoría de réprobos que abrigaban rencor. Reprochaba tercamente a Alemania sus doce años de régimen hitleriano, me reconcomían en mi interior el idilio industrial de la nueva Europa y los salones majestuosos de Occidente. Así como antaño en el *campo* mi actitud incorrecta me señalaba cada vez que se pasaba revista, ahora «llamaba la atención» tanto a mis viejos compañeros de lucha y de sufrimiento, ansiosos de reconciliación, como a mis adversarios apenas convertidos a la tolerancia. Alimentaba mis resentimientos. Y puesto que no puedo ni quiero superarlos, he de vivir con ellos y estoy obligado a explicarlos a aquellos contra los que están dirigidos.

La opinión general considera que Nietzsche ha formulado la última palabra sobre el resentimiento, como se expresa en *La genealogía de la moral*³:

³ ' La cita de Améry reúne dos pasajes del epígrafe diez del tratado primero de la *Genealogía*. Cf. F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1983, pp. 42-44. Seguimos sólo en parte la versión de Andrés Sánchez Pacual.

Améry parece referirse al siguiente pasaje, que, como víctima de la crueldad nazi, debió darle bastante que pensar: «Ver sufrir produce bienestar; hacer sufrir, más bienestar todavía -ésta es una tesis dura, pero es un axioma antiguo, poderoso, humano- demasiado humano, que, por lo demás, acaso suscribirían ya los monos; pues se cuenta que, en la invención de extrañas crueldades, anuncian ya en gran medida al hombre y, por así decirlo, lo «preludian». Sin crueldad no hay fiesta: así lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre -¡y también en la pena hay muchos *elementos festivos!*-. F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1983, pp. 75-76. Con la mención a „algunas teorías antropológicas modernas», es probable que Améry aluda a las investigaciones sobre la naturaleza sagrada del poder que Georges Bataille, Roger Caillois o Michel Leiris, entre otros, realizaron, bajo la inspiración de Durkheim y Mauss, en el círculo del Collège de Sociologie de París, concretamente en los años treinta. Precisamente, uno de sus objetivos era comprender fenómenos sociales como la guerra o el poder nazi

(...) *el resentimiento determina a aquellos seres, a los que la verdadera reacción, la del acto, les está vedada, que sólo se resarcen con una venganza imaginaria... El hombre del resentimiento no es ni franco ni ingenuo, ni íntegro ni recto consigo mismo. Su alma mira de reojo; su espíritu ama los escondrijos y las puertas falsas, todo lo oculto le interesa como su mundo, su hospicio, su consuelo...*'

Así habló quien soñaba con la síntesis del bárbaro y del superhombre. Deben darle réplica aquellos que fueron testigos de la fusión del monstruo y del subhombre; estaban presentes en forma de víctimas, cuando una cierta humanidad realizó la crueldad en la alegría festiva, como Nietzsche mismo había expresado presagiando algunas teorías antropológicas modernas.

Pero al sugerir pareja tentativa de réplica ¿me encuentro en la posesión de mis plenas facultades mentales? Me ausculto con sospecha: podría estar enfermo, pues la cientificidad objetiva, partiendo de la observación de nuestra condición de víctima, ha elaborado, con admirable distanciamiento, el concepto de «KZ-Syndroms» [síndrome de campo de concentración]. Todos nosotros padeceríamos, según leo en un libro, recién publicado, sobre *Secuelas tras la persecución política*, no sólo daños físicos, sino también psíquicos. Los rasgos caracteriológicos que condicionan nuestra personalidad estarían desfigurados. Desasosiego nervioso y repliegue hostil sobre nuestro propio yo serían los síntomas de nuestro cuadro clínico. Estaríamos, según dicen, «deformados.. Esto me hace pensar de pasada en mis brazos dislocados tras mis espaldas durante la tortura. Pero todo esto me obliga también a redefinir nuestra deformación o torcedura como expresión de una humanidad con un rango moral e histórico superior a la salutífera derechura. Es preciso delimitar pues mi resentimiento desde dos perspectivas, defenderlo frente a dos definiciones: contra Nietzsche que condenó el resentimiento desde una perspectiva moral, y contra la moderna psicología que lo reduce a un conflicto perturbador.

Esta delimitación reclama suma cautela. La autocompasión seductora y consoladora podría embaucarnos. Pero créaseme que me protegía de ese sentimiento sin esfuerzo, pues en las mazmorras y campos de concentración del Tercer Reich, todos nosotros, debido a nuestra indefensión y fragilidad absolutas, tendíamos a despreciarnos antes que a compadecernos. No creíamos en las lágrimas.

No se me oculta que el resentimiento no sólo es un estado antinatural, sino también lógicamente contradictorio. Nos clava a la cruz de nuestro pasado destruido. Exige absurdamente que lo irreversible debe revertirse, que lo acontecido debe cancelarse. El resentimiento bloquea la salida a la dimensión

sobre la base del conocimiento etnográfico de otras culturas más arcaicas. Cabe así destacar dos ensayos de Roger Caillois, ambos de 1939, *Sociología del verdugo* y *La fiesta*. en Denis Hollier [ed.], *El Colegio de Sociología*, Taurus, Madrid, 1982, [trad. Mauro Armiño].

auténticamente humana, al futuro. No se me escapa que el sentido del tiempo de quien es presa del resentimiento se encuentra distorsionado, trastocado, si se prefiere, pues desea algo doblemente imposible: desandar lo ya vivido y borrar lo sucedido. Volveremos a tratar esta cuestión. En cualquier caso, ese hecho explica por qué el hombre del resentimiento no puede secundar aquel llamamiento a la paz que con tono jovial nos exhorta al unísono a no mirar hacia atrás, sino hacia delante, hacia un futuro mejor y común.

Contemplar el futuro con ánimo sereno me resulta tan costoso como demasiado fácil a los perseguidores de ayer. Tampoco me siento capaz, quebradas como tengo las alas por el exilio, la clandestinidad y la tortura, de participar en los altos vuelos éticos que nos propone a las víctimas hombres como el publicista francés André Neher. Nosotros, proscritos, exhorta el hombre de espíritu sublime, deberíamos interiorizar y asumir en una ascesis emocional nuestro sufrimiento pasado, así como nuestros verdugos aceptan y se hacen cargo de su culpa. Confieso que me faltan ganas, talento y convicción. Me resulta imposible aceptar un paralelismo entre mi andadura y la de aquellos tipos que me golpearon con las porras. No deseo convertirme en cómplice de mis torturadores, exijo más bien que se nieguen a sí mismos y me acompañen en la negación. Las montañas de cadáveres que nos separan no se pueden aplanar, me parece, mediante un proceso de interiorización, sino, por el contrario, mediante la actualización, o dicho con mayor exactitud, la resolución del conflicto irresuelto en el campo de acción de la praxis histórica.

Se ha llegado al punto de que resulta necesario defenderse cuando se plantean tales reflexiones. Sé qué objeción suscita cuanto he expuesto aquí, a saber: que no es sino un modo de disfrazar con palabras bellas o no tan bellas, mas en cualquier caso pretenciosas, un deseo de venganza bárbaro y primitivo felizmente superado por el progreso de la moralidad. Hombre del resentimiento, como confieso que soy, vivía en la sangrienta ilusión de que, gracias a la libertad de devolver el dolor que la sociedad me concedía, podía ser desagraviado por todos mis padecimientos. En compensación por las heridas que me había infligido el látigo, esperaba -sin atreverme a reclamar que el verdugo ahora indefenso sufriera bajo mi propia mano-, al menos, la indigna satisfacción de saber a mi enemigo preso; con ello me figuraba haber resuelto la contradicción de mi demencial y distorsionado sentido del tiempo.

No es fácil defenderse de un reproche tan simplificador, y se me antoja del todo imposible vencer la sospecha de que yo ahogaba la odiosa realidad de un instinto perverso en la verbosidad de una tesis inverificable. Hay que correr el riesgo. Si reconozco mis resentimientos, si concedo que me siento «<implicado>» al pensar nuestro problema, no se me olvida tampoco que soy rehén de la verdad moral de este conflicto. Me parece un absurdo lógico que se me exija objetividad en la confrontación con mis verdugos, con sus cómplices o tan sólo con los testigos mudos. El crimen en cuanto tal no posee ningún carácter objetivo. El genocidio, la

tortura, las mutilaciones de toda especie, objetivamente, no son más que cadenas de eventos físicos, descriptibles en el lenguaje formalizado de las ciencias naturales: son hechos en el seno de una teoría física, no actos en el seno de un sistema moral. Los delitos del nacionalsocialismo, ni siquiera para el ejecutor que, sin excepción, se sometía al sistema normativo de su Führer y de su Reich, poseían una cualidad moral. El criminal que no se siente vinculado a su acción por su conciencia, la ve sólo como objetivación de su voluntad, no como fenómeno moral. Wajs, el lacayo de las SS de origen flamenco, alentado por sus amos alemanes, que me golpeaba en la cabeza con el mango de la pala cuando no excavaba lo suficientemente rápido, sentía la herramienta como la prolongación de su mano y los garrotazos como embates de su dinámica psicofísica. Sólo yo estaba, y estoy en posesión de la verdad moral de los golpes que aún hoy me resuenan en el cráneo y, por tanto, me siento más legitimado a juzgar, no sólo respecto a los ejecutores, sino también a la sociedad que sólo piensa en su supervivencia. La comunidad social no atiende sino a su propia seguridad, y no se deja afectar por la vida dañada: mira hacia delante, en el mejor de los casos para que no se repita algo similar. Mis resentimientos existen con el objeto de que el delito adquiera realidad moral para el criminal, con el objeto de que se vea obligado a enfrentar la verdad de su crimen.

Wajs, el SS de Amberes, asesino en serie y torturador particularmente experimentado, ha pagado con la vida. ¿Qué más puede exigir mi malvada sed de venganza? Pero la cuestión no estriba en si he escudriñado a fondo en mi fuero interno, no consiste ni en la venganza ni tampoco en la expiación. La persecución era en última instancia la experiencia de una extrema *soledad*. Lo que me importa es redimirme de un desamparo que aún perdura desde entonces. Wajs, el hombre de las SS, cuando se situó frente al pelotón de ejecución, experimentó la verdad moral de sus crímenes. En aquel instante estaba conmigo -y yo ya no me encontraba a solas con el mango de la pala-. Quiero creer que en el momento de su ejecución deseó, exactamente como yo, revertir el tiempo, cancelar los hechos. Cuando se le condujo al patíbulo dejó de ser enemigo para convertirse de nuevo en prójimo. Si todo se limitase a un asunto entre el SS Wajs y yo, si no hubiera tenido que soportar el peso de toda una pirámide invertida de militantes y colaboradores de las SS, funcionarios, caeos, generales condecorados, habría podido, al menos así me lo parece hoy día, morir sereno y reconciliado con el prójimo que exhibe la insignia de la calavera.

Pero Wajs de Amberes no era más que un caso entre mil. La pirámide invertida sigue clavándose con su vértice sobre el suelo: por ello los resentimientos son de una índole tan particular que ni Nietzsche ni siquiera Scheler, cuando estudió el tema en 1912, habían podido barruntar. De ahí mis reparos a la reconciliación, dicho con más exactitud: el convencimiento de que una disponibilidad a la reconciliación proclamada públicamente por las víctimas del nazismo no puede representar más que insensibilidad e indiferencia frente a la vida o conversión masoquista de una exigencia de venganza auténtica reprimida. Sólo

perdona realmente quien consiente que su individualidad se disuelva en la sociedad, y quien es capaz de concebirse como función del ámbito colectivo, es decir, como, sujeto embotado e indiferente. Acepta con resignación los acontecimientos tal y como acontecieron. Acepta, como dice un lugar común, que el tiempo cura las heridas. Su sentido temporal no está «desquiciado», es decir, no se sale del «quicio biológico-social para emplazarse exclusivamente en el ámbito moral del tiempo. Pieza desindividualizada e intercambiable del mecanismo social, vive plenamente integrado en su seno, y al perdonar se comporta de acuerdo con la reacción social al crimen, tal como la describe el penalista francés Maurice Garçon en el debate sobre la prescripción de los delitos:

*Ya el niño» -nos instruye el Maestro- «al que se reacciona por una desobediencia pasada, responde: ¡pero si pasó hace tiempo! El ya haber pasado hace tiempo se le antoja la forma más natural de disculpa. Y también nosotros reconocemos en la distancia temporal el principio de la prescripción. El delito provoca inquietud en la **sociedad** pero tan pronto como la conciencia pública se olvida del delito, desaparece también la desazón. El castigo demasiado alejado temporalmente del delito pierde su sentido.*

Esto es una verdad trivial y palmaria, en cuanto se refiere a la sociedad o al individuo que se socializa a sí mismo moralmente y se disuelve en el consenso. Pero carece de cualquier relevancia para el ser humano que se concibe a sí mismo como moralmente único.

Sin duda, se me reprochará que, gracias a un truco, no hago sino adecentar mi odio a toda reconciliación presentándolo a la luz favorable de la moral y de la moralidad. A lo que también respondo que soy plenamente consciente de que la aplastante mayoría de las no víctimas del mundo se negarán a aceptar la validez de mi justificación. Pero qué más da. En los veinte años consagrados a reflexionar sobre cuanto me sucedió creo haber comprendido que todo perdón y olvido forzados mediante presión social son inmorales. Quien perdona por comodidad e indolencia se somete al sentido social y biológico del tiempo que también suele denominarse «natural». La conciencia del tiempo natural arraiga de hecho en la cicatrización de heridas como proceso fisiológico y se ha proyectado en la representación social de la realidad. Pero justamente por esa razón, tal conciencia no sólo posee un carácter extramoral, sino antimoral. Negar su aquiescencia a cualquier evento natural, también pues al encoramiento biológico provocado por el tiempo, es derecho y privilegio del ser humano. Lo pasado, pasado: he ahí una sentencia tan verdadera como hostil a la moral y al espíritu. La capacidad de resistencia moral incluye la protesta, la rebelión contra lo real, que es razonable sólo mientras sea moral. El hombre moral exige la suspensión del tiempo; en nuestro caso, responsabilizando al criminal de su crimen. De esa guisa, este último podrá, consumada la reversión moral del tiempo, relacionarse con la víctima como semejante.

No soy tan iluso como para figurarme que, mediante los argumentos aquí esgrimidos, pueda haber convencido a los compatriotas de los criminales o a quien, como no víctima, pertenece a la inmensa comunidad de los ilesos del mundo. Pero mis palabras no pretenden persuadir, me limito a dejarlas caer sobre el platillo de la balanza, por lo que puedan pesar. ¿Pero cuál será su peso? Eso dependerá en parte de mi capacidad para atemperar, al menos, mis resentimientos, que necesariamente han de manifestarse durante el análisis, de tal modo que no sofoquen completamente su objeto. En mi esfuerzo por limitar su campo de acción debo regresar una vez más a lo que he definido someramente como culpa colectiva. Es un término casi tabú, no sólo hoy, sino ya desde 1946, pues si se quería que el pueblo alemán representara el papel europeo que se le había atribuido, no se le podía ofender. Se ocultaba. Avergonzaba haber acuñado un concepto aparentemente tan irreflexivo. Aunque no me resulte fácil, me veo obligado a insistir en él tras haberlo definido suficientemente y asumir los riesgos correspondientes.

Culpa colectiva. Naturalmente, sería un puro disparate sugerir que los alemanes, en cuanto comunidad, compartían una misma conciencia, una misma voluntad, una misma capacidad de acción, y que además eran culpables de las mismas. Pero es una hipótesis aplicable si con el término no se entiende sino la suma, devenida objetivamente manifiesta, de comportamientos culpables individuales. Entonces, la culpa de cada alemán particular -responsable de sus acciones y omisiones, de sus palabras y sus silencios- se transforma en la culpa global de un pueblo. Antes de ser aplicado, el concepto de culpa colectiva debe desmitificarse y depurarse de sus mistificaciones. De ese modo pierde su connotación oscura y fatal, para convertirse en una vaga afirmación estadística, la única que muestra alguna utilidad.

Me he referido a una vaga afirmación estadística, pues faltan datos precisos y nadie puede corroborar cuántos alemanes estaban al corriente de los crímenes del nacionalsocialismo, los aplaudieron, incluso los cometieron o con impotente aversión toleraron que fueran perpetrados en su nombre. No obstante, cada uno de nosotros, en cuanto víctimas, ha hecho su propia experiencia estadística, si bien tan sólo aproximativa y no expresable en cifras, pues en los años cruciales vivíamos -algunos clandestinamente, en el extranjero, bajo la ocupación alemana, otros sin salir de Alemania, trabajando en fábricas o encerrados en cárceles y campos- en medio del pueblo alemán. Por esta razón, podía y puedo afirmar que los crímenes del régimen se me han revelado como actos colectivos. Quienes en el Tercer Reich se apartaron del sistema ya fuera sólo callando, dirigiendo una mirada de odio a Rakas, el «SS-Rapportführer»⁴, dedicándonos una sonrisa compasiva o bajando los ojos en señal de vergüenza- no fueron lo suficientemente numerosos como para compensar la balanza en mi

⁴ El "Rapportführer", oficial de las SS, era una especie de secretario general del trabajo que supervisaba [Rapport] la nómina de presos en la revista matutina y nocturna, dando parte, entre otras incidencias, de las muertes, ausencias o fugas.

estadística sin cifras.

No he olvidado nada, ni siquiera a esos pocos valientes con que me topado. Están conmigo: Herbert Karp de Danzig, el soldado inválido que en Auschwitz-Monowitz me dio a compartir su último cigarrillo; Willy Schneider, el obrero católico de Essen, que se me dirigía con el ya olvidado nombre de pila y me ofreció pan, «Meister,» Mattháus, el químico que el 6 de junio de 1944, con un suspiro atormentado, me dijo: «¡por fin han desembarcado! Pero ¿lograremos aguantar hasta que hayan conquistado una victoria definitiva?» No me faltan buenos compañeros. Ahí estaba el soldado de la Wehrmacht de Munich, que tras la tortura en Breendonk me arrojó un cigarrillo encendido a través de los barrotes de la celda. Ahí estaba el caballeroso ingeniero báltico Elsner, el técnico de Graz cuyo nombre ya no recuerdo, que en Buchenwald-Dora, me salvó de la muerte en un pelotón de tendido de cable. A veces me aflijo por su destino que tal vez no acabara bien.

No es culpa de estos buenos compañeros ni mía que, tan pronto como ya no se encuentran ante mí en su singularidad, sino en medio de su pueblo, disminuya bastante su peso. Un poeta alemán escribió un texto titulado ~<Altbraun~ que intenta describir la pesadilla de una mayoría con camisa parda:

...y si algunos están en minoría al mismo tiempo frente a muchos y todos, entonces frente a todos lo son aún más que frente a muchos y el conjunto de todos forma respecto a algunos una mayoría más poderosa que respecto a muchos...

Yo tenía que ver sólo con «algunos», y respecto a ellos, los muchos, que me debían parecer todos, formaban una mayoría aplastante. Los hombres valientes que me habría complacido tanto salvar, ya se han sumergido en la masa de los indiferentes, de los maliciosos e indignos, de las Megerías, viejas y grasientas o jóvenes y bellas, de los ebrios de autoridad que creían cometer un delito no sólo contra el Estado, sino contra sí mismos, si no apostrofaban a la gente de nuestra condición con tono imperativo. El grupo de los muchos no se nutría de hombres de las SS, sino de obreros, archiveros, técnicos, mecanógrafas -y sólo una minoría entre ellos llevaba la insignia del partido. Tomados en su conjunto, eran para mí el pueblo alemán. Sabían muy bien lo que pasaba en torno a nosotros y lo que nos hacían, pues al igual que nosotros sentían el olor a chamusquina procedente del campo de exterminio cercano, y algunos exhibían ropas que la víspera aún habían llevado, antes de ser despojadas, las víctimas recién llegadas sobre la rampa de selección. Cierta día, un trabajador honesto, el maestro montador Pfeiffer, me mostró orgulloso un abrigo de invierno, un «abrigo judío», según sus palabras, que se lo había agencia do gracias a su astucia. Estimaban que todo estaba en orden y no me cabe la menor duda de que habrían votado por Hitler y sus cómplices si, a la sazón, en 1943, se hubieran convocado elecciones. Obreros, pequeños burgueses, académicos, bávaros, habitantes del Saar, sajones: se volvían indiscernibles. La víctima se veía empujada, lo deseara o no, a creer que Hitler encarnaba realmente

al pueblo alemán. Mis Willy Schneider y Herbert Karp y Meister Mattháus no podían sostenerse contra esa concentración popular.

Me parece, no obstante, que en mis reflexiones anteriores he cuantificado, lo que, si se quiere dar crédito a los filósofos morales, supone un pecado imperdonable contra el espíritu. Lo que importa no son las cantidades, sino los símbolos y actos simbólicos, los signos determinados cualitativamente. *Quelle vieille chanson!* -y, sin embargo, su antigüedad no la ha tornado venerable. Quien espere obstruirme el camino reprochándome cuantificaciones inadmisibles, que se pregunte si en la vida cotidiana, jurídica, política y económica, así como en las dimensiones más elevadas y supremas de la vida espiritual, renunciamos a la cuantificación. Quien posee cien marcos no es un millonario. Quien en una pelea araña la piel al adversario, no le ha infligido una herida grave. Para la escala de valores del lector, *Du bist Orplid, mero Land* es una obra menor que *Guerra y paz*. El hombre de estado democrático tiene que ver con la cantidad tanto como el cirujano que diagnostica un tumor maligno, que el músico que compone una obra para orquesta. También yo, cuando en medio del pueblo alemán, temía en cada momento caer víctima del exterminio ritual, me veía obligado a contabilizar el número de buenos camaradas, por una parte, y de traidores e insensibles, por otra. Lo quisiera o no, me vi forzado a aceptar una culpa colectiva de índole estadística, y cargo con el lastre de ese saber en un mundo y en una época que ha proclamado la inocencia colectiva de los alemanes.

Insisto, la culpa colectiva pesa sobre mí, no sobre ellos. El mundo, que perdona y olvida, me ha condenado a mí, no a aquellos que asesinaron o consintieron el asesinato. Yo y la gente como yo somos los Shylocks, no sólo moralmente condenables a los ojos de los pueblos, sino también estafados en nuestra libra de carne. El tiempo ha consumado su obra. En silencio. La generación de los exterminadores, de los constructores de cámaras de gas, de los generales siempre dispuestos a estampar su firma, sumisos a su Führer, envejecen con dignidad. Acusar a los jóvenes, empero, sería absolutamente inhumano y a todas luces antihistórico. ¿Qué relación habría de tener un estudiante de veinte años, crecido al socaire de la nueva democracia alemana, con las acciones de sus padres y abuelos? Sólo un odio acumulado, bárbaro, veterotestamentario, podría soportar su lastre y pretender cargarlo sobre las espaldas de la inocente juventud alemana. Una parte de la juventud, no toda, afortunadamente, protesta también con la buena conciencia jurídica de quienes se sustentan sobre el suelo firme del sentimiento natural del tiempo. En un semanario alemán leo la carta de un jovenzuelo de Kassel que expresa elocuentemente el enojo de la nueva generación alemana por las malas personas que odian y rezuman resentimiento, porque son, en todos los sentidos, intempestivos. Cito: <...al final nos hartamos de oír siempre la misma cantinela: que nuestros padres han matado a seis millones de judíos. ¿Cuántas mujeres y niños inocentes han asesinado los americanos con sus bombardeos, cuántos boers han matado los ingleses en la guerra de los boers?~ La protesta se presenta ante nosotros con el énfasis moral de quien está seguro de su

causa. Apenas osa uno objetarle que la ecuación „Auschwitz-campos de boers» es falsa matemática moral. Pues el mundo entero entiende ciertamente la indignación de los jóvenes alemanes frente a los rencorosos profetas del odio y se pone, sin vacilar, de parte de aquellos a quienes pertenece el futuro. Futuro es, por lo visto, un concepto valorativo: lo que será mañana posee más valor que lo que fue ayer. Es un deseo que arraiga en la percepción natural del tiempo.

No me resulta fácil responder a la pregunta de si guardo rencor a la juventud alemana por el dolor que me infligió la generación vieja. Es razonable aceptar que los jóvenes están libres de culpa individual y de la suma de las culpas individuales que dan lugar a la culpa colectiva. Debo y quiero concederles el crédito de confianza que corresponde al ser humano cuya vida está abierta al futuro. A lo sumo, cabe exigir a ese joven que no defienda su inocencia con un tono tan exaltado y arrogante, como el adoptado por el autor de la carta anteriormente citado. De hecho, hasta que el pueblo alemán, incluidas las jóvenes y recientes generaciones, no se decida a vivir completamente libre de la historia -y no parece haber ningún indicio de que la comunidad nacional con la conciencia histórica más arraigada del mundo pueda adoptar de repente semejante actitud-, hasta entonces tendrá que asumir la responsabilidad por aquellos doce años a los que, por lo demás, ella misma no fue capaz de poner término. La juventud alemana no puede apelar a Goethe, M&rike o a Freiherr von Stein y olvidarse de Blunck, Wilhelm Schäfer y Heinrich Himmler. No es legítimo reclamar para sí tradición nacional cuando es honorable y negarla cuando, encarnando el olvido de todo sentido del honor, proscribire a un adversario tal vez imaginario y seguramente indefenso. Si ser alemán significa reclamarse descendiente de Matthias Claudius, entonces también entraña sin duda alguna incluir en el árbol genealógico a Hermann Claudius, el poeta oficial del partido nacionalsocialista. Thomas Mann era consciente de este hecho cuando en su ensayo «Alemania y los alemanes» escribió: «Para un espíritu nacido alemán es imposible afirmar: yo represento la Alemania buena, justa, noble, sin mancha... nada de lo que les he contado sobre Alemania procede de un saber ajeno, frío, distante; todo anida en mí, todo lo he experimentado en mí mismo».

La edición del tomo de ensayos de donde extraigo mi cita se titula *Edición escolar de autores modernos*. No sé si los ensayos de Thomas Mann son efectivamente objeto de lectura en las escuelas alemanas y cómo los comentan los profesores. Sólo me cabe esperar que la juventud alemana no encuentre hartamente difícil la relación con Thomas Mann y que la mayoría de los jóvenes no participen de la indignación del remitente anteriormente citado. No me cansaré de repetirlo: Hitler y sus crímenes también forman parte de la historia y de la tradición alemanas.

Para retomar mi explicación del resentimiento de las víctimas nada mejor que adentrarse en el dominio de la historia y de la historicidad alemanas. Pero antes es preciso definir su cometido objetivo. Tal vez no sea más que una necesidad particular de purificación, pero desearía que mi resentimiento -personal

protesta contra la cicatrización del tiempo como proceso natural y hostil a la moral, mediante la que reivindicó una absurda, sí, pero auténtica reversión humana del tiempo- desempeñe una función histórica. Si cumpliera la tarea que le atribuyo, podría representar históricamente un estadio en la dinámica moral del progreso universal y reemplazar a la incumplida revolución alemana. Tal reivindicación no es menos absurda ni menos moral que el anhelo individual de reversibilidad de los procesos irreversibles.

Para aclarar y allanar mi tesis basta con reformular mi convicción ya expresada de que el conflicto irresuelto entre víctimas y carniceros tiene que exteriorizarse y actualizarse, si ambos, oprimidos y opresores, pretenden comprender un pasado que, desgarrado aún por antagonismos irreconciliables, remite, sin embargo, a una historia común. Sin duda, tal exteriorización y actualización no pueden consistir en una venganza que sea proporcional al sufrimiento padecido. No puedo demostrarlo, y, sin embargo, estoy seguro de que durante el proceso de Auschwitz ninguna víctima pensó siquiera colgar a Boga r de su propio artilugio de tortura, el llamado «columpio de li<g>ere⁵. Menos aún nadie en sus cabales habría osado proponer el absurdo moral de ejecutar a la fuerza a cuatro o seis millones de alemanes. En ningún caso menos que en éste la aplicación del *jus talionis* habría representado una sinrazón moral c histórica. Queda excluida como solución tanto la venganza, como la expiación que se me antoja problemática, sensata sólo desde un punto de vista teológico y, por tanto, a mi juicio, del todo irrevelante. Y por supuesto una purificación por medios violentos me parece, en cualquier caso, históricamente impensable. Pero ¿cómo afrontar la situación dado que me he referido expresamente a una disputa en el campo de la praxis histórica? Pues bien, el conflicto podría dirimirse logrando que en un bando se conserve el resentimiento y en el otro se despierte, gracias a este afecto, una actitud de desconfianza respecto a sí mismos. Acicateado exclusivamente por los agujones de nuestro resentimiento -y de ninguna manera por una disposición subjetiva a la reconciliación casi siempre sospechosa y objetivamente hostil a la historia-, el pueblo alemán adquiriría conciencia de que no cabe neutralizar un fragmento de su historia nacional con el tiempo, sino que es necesario integrarlo. Si no me falla la memoria, Hans Magnus Enzensberger ha escrito que Auschwitz es el pasado, el presente y el futuro de Alemania; pero su opinión, por desgracia, no cuenta mucho porque tanto él como quienes se encuentran a su altura moral no son el pueblo. Con todo, si oponiéndose al silencio del mundo, nuestro resentimiento alzase su dedo

⁵ Wilhelm Boger (1906-1977), desde los dieciséis años militante de las juventudes nacionalsocialistas antes de la subida de Hitler al poder, trabajó como oficial SS en la temida Sección política» de Auschwitz entre 1942 y 1945. Desde 1958 condenado a cadena perpetua en el proceso de Auschwitz. Tristemente célebre por la celosa aplicación de una máquina de tortura, el llamado «Bogner-Schaukeh, una especie de potro de madera con una barra metálica que permitía colgar al preso boca abajo y balancearlo mientras se golpeaban sus genitales puestos al descubierto. Sobre este infame personaje y su labor como verdugo en la «Politische Abteilung de Auschwitz, léanse los testimonios de Hermann Langbein y Raya Kagan incluidos en *Auschwitz. Zeugnisse und Berichte* led. H. G. Adler/H. Langbein/Ella Lingens-Reiner], Europäische Verlagsanstalt, Hamburgo, 1995, pp. 155 ss y 169. También Hermann Langbein, *Menschen in Auschwitz*, Europaverlag, Munich/Viena, 1999, pp. 567-570.

amonestador, entonces Alemania en su conjunto e incluso en sus generaciones venideras conservaría el recuerdo de que no fueron alemanes quienes vencieron al dominio de la infamia. Llegaría a comprender, no pierdo del todo la esperanza, su pasada connivencia con el Tercer Reich como la total negación no sólo de un mundo acosado por la guerra y la muerte, sino también de su mejor tradición autóctona, no reprimiría o paliaría los doce años, que para nosotros fueron realmente un milenio, sino que los reclamaría como negación real del mundo y de sí mismos, como su patrimonio negativo. Se verificaría sobre el campo histórico cuanto previamente he descrito hipotéticamente para la esfera estrictamente individual: dos grupos de seres humanos, opresores y oprimidos, convergerían en el deseo de invertir el tiempo y, por tanto, en la moralización de la historia. Elevada por el pueblo alemán, el pueblo realmente victorioso y rehabilitado de nuevo por el tiempo, la exigencia tendría un peso inmenso, suficiente para que ya estuviera satisfecha. La revolución alemana sería recuperada, Hitler revocado. Y a la postre se cumpliría realmente para Alemania aquel objetivo que antaño el pueblo no tuvo fuerza o voluntad de realizar y que en el juego de poder político tuvo después que parecer innecesario: la extinción de la ignominia.

Cada alemán puede imaginarse por sí mismo cómo se debe llevar esto a la práctica. El autor de este ensayo no es alemán y no puede impartir consejos a este pueblo. En el mejor de los casos puede imaginarse vagamente una comunidad nacional que rechazase todo, sin excepción, cuanto llevó a cabo en los días de su más profundo envilecimiento, sin excluir los logros aparentemente más inofensivos como la construcción de autopistas. Persistiendo en su sistema de referencia exclusivamente literario, Thomas Mann expresó esta idea en una de sus cartas: «Tal vez sea superstición», escribió a Walter von Molo-, «~pero ante mis ojos los libros que de algún modo pasaron la censura en Alemania entre 1933 y 1945 se me antojan carentes de todo valor e incluso indignos siquiera de tenerlos entre las manos. Les impregna un hedor a sangre y a ignominia; sería mejor desecharlos, sin excepción, como maculatura». Que el pueblo alemán hiciera maculatura espiritual no sólo con los libros, sino con todo cuanto se organizó durante esos doce años: he ahí la negación de la negación, un acto asaz positivo y salvador. Sólo de esta guisa sería legítimo pacificar subjetivamente el resentimiento y declararlo objetivamente superfluo.

¡A qué suerte de extravagante ensoñación moral me he entregado! Ya veía incluso cómo se les mudaba el rostro de rabia a los viajeros alemanes sobre el andén de 1945 a la vista de los cadáveres apilados de mis camaradas, y cómo se avalanzaban con gesto amenazante contra nuestros -sus- verdugos. Gracias a mi resentimiento y a la catarsis alemana provocada por su agujón, ya soñaba con la reversibilidad del tiempo. ¿No fue un alemán quien arrebató la pala al SS Waj? ¿No fue una mujer alemana quien recogió a un hombre aturdido y quebrantado por la tortura, y le curó su heridas? ¡Que no haya visto todo sin el freno de la irreversibilidad del tiempo, un pasado revertido en futuro y superado en verdad y para siempre!

No sucederá nada por el estilo, estoy seguro, a pesar de todos los esfuerzos honrados de los intelectuales alemanes, que al final son, en verdad, como los otros les reprochan: unos desarraigados. Todo presagia que el tiempo natural rechazará y, a la postre, ahogará la reivindicación moral de nuestro resentimiento. ¿La gran revolución? Alemania no la recuperará, y nuestro rencor se quedará con las ganas. El Reich de Hitler, aún durante algún tiempo, seguirá interpretándose como un accidente de trabajo en la obra de la historia. Pero al fin y al cabo no será más que historia, ni mejor ni peor de lo que es cualquier época histórica dramática, tal vez manchada de sangre, pero a fin de cuentas un Reich con su cotidianidad familiar. El retrato del bisabuelo en uniforme de las SS colgará en la salita, y a los niños en las escuelas no se les hablará tanto de las rampas de selección como del sorprendente triunfo sobre el paro general. Hitler, Himmler, Heydrich, Kaltenbrunner, serán simples nombres como Napoleón, Fouché, Robespierre y San Just. Ya hoy incluso en un libro que se titula *Sobre Alemania* y que contiene conversaciones imaginarias de un padre alemán con su hijo menor, leo que a los ojos del joven no existe ninguna diferencia entre bolchevismo y nazismo. Cuanto sucedió entre 1933 y 1945 en Alemania, se enseñará y afirmará, podría haber sucedido en cualquier otro lugar bajo condiciones análogas; y ya no se insistirá en el hecho baladí de que aconteciera precisamente en Alemania y no en cualquier otro lugar. En un libro titulado *Rückblick zum Mauerwald* el exoficial del estado mayor alemán, el príncipe Ferdinand von der Leyen, escribe: ~...de una de nuestras posiciones en el extranjero nos llegó una nueva aún más espantosa. Allí pelotones de las SS habían penetrado en las casas y desde las azoteas habían arrojado al asfalto niños recién nacidos». Pero el asesinato de millones de seres humanos perpetrado con eficacia organizativa y precisión casi científica por un pueblo altamente civilizado se juzgará deplorable, pero de ningún modo único, al lado de la sangrienta deportación de los armenios por lo turcos o a los ignominiosos actos de violencia cometidos por las autoridades coloniales francesas. Todas las diferencias se desvanecerán al incluirse en un sumario «siglo de la barbarie». Nosotros, las víctimas, quedaremos como los realmente incorregibles, los implacables, como los reaccionarios hostiles a la historia en el sentido literal de la palabra, y, en última instancia, aparecerá como avería del sistema el hecho de que algunos de nosotros hayamos sobrevivido.

Viajo a través de un país floreciente y cada vez aumenta más mi malestar. No puedo decir que la gente no me reciba por doquier con hospitalidad e íntima comprensión. ¿Qué más podemos exigir por nuestra parte si los periódicos alemanes y las emisoras de radio nos conceden la posibilidad de dirigir a los alemanes graves reproches descorteses y que además nos retribuyan por ello? Estoy seguro de que hasta los más benévolo al final han de perder la paciencia con nosotros, como el joven remitente, citado en páginas anteriores, que decía ~,estar harto». Me encuentro en Frankfurt, Stuttgart, Colonia y Munich con mis resentimientos. Mi rencor, que conservo por amor propio, por razones de salud personal, cierto, pero también para que sirva de provecho al pueblo alemán -no lo acepta nadie excepto los medios de comunicación que lo compran. Lo que me ha deshumanizado se ha transformado en mercancía que vendo al mejor postor.

País de la fatalidad donde los unos se encuentran eternamente a plena luz y los otros eternamente en la oscuridad. Lo atravesé de punta a cabo en los trenes de evacuación que bajo el empuje de la última ofensiva soviética nos condujeron desde Auschwitz hacia el oeste y después desde Buchenwald a través del Norte hacia Bergen-Belsen. Cuando la vía férrea cruzaba un extremo de tierra nevada de Bohemia, las campesinas se acercaban corriendo al tren de la muerte para ofrecernos pan y manzanas; la escolta tenía que dispersarlas disparando tiros al aire. En el Reich, sin embargo, semblantes pétreos. Un pueblo orgulloso. Un pueblo orgulloso, también hoy. El orgullo, no cabe negarlo, ha engordado un poco. Ya no se manifiesta más en el movimiento triturador de las mandíbulas, sino que resplandece en la satisfacción de la buena conciencia y de la alegría comprensible por haber salido con éxito una vez más. Ya no invoca más a los hechos de armas heroicos, sino a la productividad sin par en el mundo. Pero es el mismo orgullo de antaño, y por nuestra parte es la impotencia de entonces. ¡Ay de los vencidos!

He de ocultar mis resentimientos. Aún puedo creer en su valor moral y en su validez histórica. Aún. ¿Por cuánto tiempo? Sólo el hecho de que tenga que plantearme una pregunta tal muestra el carácter atroz y monstruoso del sentido natural del tiempo. Tal vez, un día no muy lejano, me llevará a condenarme a mí mismo, haciéndome aparecer la exigencia moral de inversión como la cháchara absurda, que ya es hoy para los listillos que presumen de sintonizar con la razón del mundo. Ese día, el pueblo orgulloso en que zozobran mi Herbert Karp, Willy Schneider, Meister Mattháus y algunos intelectuales contemporáneos habrá vencido definitivamente. En el fondo los temores de Scheler y Nietzsche no estaban justificados. Nuestra moral de esclavos no triunfará. Los resentimientos, hontanar emocional de toda moral auténtica, que fue siempre una moral para derrotados, tienen escasa o absolutamente ninguna oportunidad de amargar a los dominadores su malvada obra. Nosotros, víctimas, debemos «despachar» nuestro rencor reactivo, en aquel, sentido que el argot concentracionario daba antaño al término «fertigmachem, sinónimo de «matar». Debemos despacharlo y lo haremos pronto. Hasta entonces pedimos paciencia a quien se haya sentido desasosegado por nuestro rencor.